

CARMELA CARVAJAL DE PRAT

Por
Oscar VASQUEZ Claro



MUCHAS MUJERES son conocidas en la Historia por algo extraordinario que las distinguió en su vida: por su talento, su hermosura, su energía y su valor; por su nobleza y sus virtudes.

Las hay en el recuerdo de todas las naciones, en muchas de las cuales su influencia fue decisiva en el devenir de sus destinos, y su memoria perdura a través del tiempo por lo que significaron para la Humanidad.

Así en todas las épocas encontramos su presencia, cuya acción en la vida ablandó el camino del hombre, y persiste en el recuerdo como el suave aroma de una flor.

Las hubo que gobernaron grandes naciones, como Isabel de Inglaterra, forjadora del Imperio británico y su grandeza; que brillan con el resplandor de su propia gloria y su martirio, como la Doncella de Orleans, que defendiendo a su patria muriera en el tormento de las llamas, entregando su alma a los cielos, dejando su ejemplo y su nombre, que la fe de los humildes ha llevado a los altares.

En aquellos tiempos que hoy nos parecen del reino de la fantasía, y ya en algo que es muy nuestro, surge la mujer que tuvo fe en el navegante visionario que agrandaría el mundo y entregaría a España la joya más preciosa que jamás hubo, que en su humildad de mujer y en su grandeza de reina, empeñara las joyas de su Corona, para que mientras exista América recordemos su nombre. Nunca olvidaremos a Isabel la Católica.

Y refiriéndonos a las flores que adornan nuestra tierra chilena -, y en un tiempo en que junto con labrar la tierra virgen y fecunda, aquellos que del viejo mundo vinieron a descubrirnos debían esgrimir la espada para defenderse del aborigen celoso de su libertad—, descubrimos a la primera mujer señalada por las crónicas, en las que también aparecen Guacolda, Fresia, Guale, Tegualda, Rucumilla, Quidora, y muchas otras, flores preciosas del Chile indígena, tanto como Inés de Suárez...

Y no son menos joyas en nuestra patria, Javiera Carrera, ahijada del infortunio; Isabel Riquelme, que diera a Chile un paladín de su libertad; Paula Jaraquemada, expresión viva de la

dignidad y el honor nacional... Y también en la diadema de nuestra patria están Rebeca Matte y Rayen Quitral, fascinándonos aquélla con sus esculturas que son la vida hecha mármol y bronce, y ésta con su voz maravillosa que se nos quedó en el alma... Y aquella que descansa para siempre allá en Monte Grande, donde el sol es tibio y el racimo es dulce, y que nos diera el honor y la gloria del primer Premio Nobel de Chile...

Y hay y habrá muchas otras mujeres chilenas que otorgarán su cuota de gloria y de fama a la nación.

Todas ellas cumplieron una misión para la que nacieron predestinadas; bajo el peso áureo de una corona, para forjar una nación; para sentir el llamado poderoso y fecundo del arte o de las ciencias, o su corazón inflamado por la llama del patriotismo...

Para ellas, el juicio de la posteridad y su alabanza.

Pero hay una mujer cuyo nombre no se ha dado a conocer con la debida prestancia, y que pensamos que significa todo cuanto hay de valioso en nuestra patria, porque representa cabalmente a la mujer chilena en sus más altas virtudes, pues que ellas forman en su hermoso conjunto el alma entera de la patria.

Cúpole a ella la suerte y la gloria de unir su nombre en su florida y hermosa juventud, al del hombre que elevara a los cielos la eterna gloria de Chile, en sus mares azules en un día de mayo...

Fue la esposa abnegada y ejemplar, la madre cariñosa de los hijos de su amor, y lo mismo que Cornelia mostrando a sus hijos como a sus joyas más preciadas, supo ella en ja hora de la gloria y ja adversidad, en su acerbo dolor, ser ia guía y la custodia de los tiernos hijos de su esposo, que fueron en realidad su honra y su orgullo.

Teniendo ella 19 ilusionadas primaveras, (1) el 5 de marzo de 1873 unía su nombre al de quien sería la gloria más pura de Chile. Tenía Prat 25 años entonces, y serían apenas seis aquellos de que dispondrían para amarse y formar un hogar sencillo y virtuoso; mas, no podía saber ella cuán breve sería la presencia a su lado del esposo, en su tránsito a la eternidad y a la gloria...

Fueron casi más las horas que vivieron separados que las que vivieron juntos los esposos, esclavo él del deber en las distintas misiones que hubo de cumplir; tuvo ella que afrontar sola a la adversidad que en temprana hora llegó a tocar con sus dedos de hielo a la puerta de su hogar, pues en diciembre de 1874 escribía doloridamente al esposo ausente :

"Arturo de mi corazón :

Nuestro querido angelito sigue mal, muy mal; siento que mi corazón desfallece de dolor i tú no estás para sostenerle..."

Y anhelando la vuelta del esposo le dice :

"...si te fuera posible venirme antes sería mi único consuelo..."

Se había apresurado el infortunio en herir a esta noble mujer, al llevarle a su hijita Carmela de la Concepción.

Y así pasó el tiempo, aguardando constantemente la vuelta al hogar del esposo amado, retenido por sus deberes en el mar.

Pero su amor está pendiente del cuidado de los pequeños y tiernos hijos que llegaron, como lo hacen todas las madres chilenas.

Hasta que llega el instante en que los clarines anuncian que la patria está en guerra, amenazada su existencia por enemigos poderosos que se habían confabulado en las sombras para destruirlas.

Y de nuevo el marido amante es llamado por el mar, esta vez en la ruta de la eternidad.

Y llegó el 21 de mayo de 1879.

Y entonces Carmela Carvajal de Prat ya no fue más ella; fue en adelante, en su inmensa soledad, quien hubo de sostener el peso de una inmensa gloria, por ser la viuda de un héroe.

Y el país entero fija sus ojos en ella. Y los altos magistrados, las corporaciones, las personas de más alta significación, y también las más humildes, se dirigen a ella, para asignarle una pensión del Estado, para ocuparse de la educación de sus hijos, para rendirle homenajes.

Un día recibe una carta :

"Dignísima señora :

Un sagrado deber me autoriza a dirigirme a usted, i siento profundamente que esta carta, por las luchas que va a recordar, contribuya a aumentar el dolor que hoy justamente debe dominarla. En el combate del 21 próximo pasado que tuvo lugar en las aguas de Iquique, entre las naves peruanas i chilenas, su digno i valeroso esposo, el capitán de fragata don Arturo Prat,

(1) No tenía 19 años, sino 21.



Carmela Carvajal Briones, esposa de Arturo Prat.

comandante de la "Esmeralda", fue, como usted no lo ignorará ya, víctima de su temerario arrojo en defensa i gloria de la bandera de su patria. Deplorando sinceramente tan infausto acontecimiento i acompañándola en su duelo, cumplo con el penoso i triste deber de enviarle las para usted inestimables prendas que se encontraron en su poder, i que son las que figuran en la lista adjunta. Ellas le servirán indudablemente de algún pequeño consuelo en medio de su desgracia, i por eso me he anticipado a remitírselas.

"Reiterándole mis sentimientos de condolencia, logro, señora, la oportunidad para ofrecerle mis servicios, consideraciones i respeto con que me suscribo de usted, señora, mui afectísimo i seguro servidor.

MIGUEL GRAU"

¡Redimiría así Miguel Grau su descuido al no preocuparse de los restos de su adversario en Iquique, abandonados a la insolencia de la plebe ignara y odiosa!

La nobleza de esta carta no caería en el vacío. Desde Valparaíso, el 1o de agosto de ese año de gloria, la atribulada mujer contestaría :

"Distinguido señor :

Recibí su fina i estimada carta fechada a bordo del "Huáscar" en 2 de junio del corriente año. En ella, con la hidalguía del caballero antiguo, se digna usted acompañarme en mi dolor, deplorando sinceramente la muerte de mi esposo, i tiene la jenerosidad de enviarme las queridas prendas que se encontraron sobre la persona de mi Arturo, prendas para mí de un valor inestimable por ser, o consagradas por su afecto, como los retratos de familia, o consagradas por su martirio como la espada que lleva su adorado nombre.

"Al proferir la palabra martirio no crea usted, señor, que sea mi intento inculpar al jefe del "Huáscar" la muerte de mi esposo. Por el contrario, tengo la conciencia de que el distinguido jefe que, arrostrando el furor de innobles pasiones sobreexcitadas por la guerra, tiene hoi el valor, cuando aún palpitan los recuerdos de Iquique, de asociarse a mi duelo i de poner mui alto el nombre i la conducta de mi esposo en esa jornada, i que tiene aún el más raro valor de desprenderse de un valioso trofeo poniendo en mis manos una espada que ha cobrado un precio extraordinario por el hecho mismo de no haber sido jamás rendida; un jefe semejante, un corazón tan noble, se habría, estoy cierta, interpuesto, a haberlo podido, entre el matador i su víctima, i habría ahorrado un sacrificio tan estéril para su patria como desastroso para mi corazón.

"A este propósito, no puedo menos de expresar a usted que es altamente consolador, en medio de las calamidades que orijina la guerra, presenciar el grandioso despliegue de sentimientos magnánimos i luchas inmortales que hacen revivir en esta América las escenas i ios hombres de la epopeya antigua.

"Profundamente reconocida por la caballerosidad de su procedimiento hacia mi persona i por las nobles palabras con que se digna honrar la memoria de mi esposo, me ofrezco mui respetuosamente de usted atenta i afma . S. S.

CARMELA CARVAJAL DE PRAT "

Así supimos de las finas y nobles palabras con que ese gran marino que fue Grau, se dirigió

a la viuda de Prat, al enviarle a ella la espada jamás rendida de su noble adversario. Sólo podía expresarlas un caballero.

V también conocemos la forma elevada y digna en que ella respondería, sin odio, sobreponiéndose a su inmenso dolor; no es extraño esto, pues en los breves años que duró su matrimonio, supo asimilar los elevados sentimientos de su esposo, como bien lo dice ella misma definiendo al ausente, en carta al arzobispo Taforó :

" La vida de mi esposo, señor, fue para mí un ejemplo de enseñanza constante. Su firme confianza en Dios i en los Supremos Destinos del Alma, fortalecieron desde temprano mi corazón i me prepararon con el tiempo para los días de la adversidad" .

Jamás en la vida de la señora Carmela hubo una nube, una sombra siquiera de desinteligencia en su matrimonio con Prat Y este aserto se confirma cuando ella misma dice, un año después que su esposo ha entrado a la inmortalidad, escribiendo a don Jacinto Chacón, tío de Prat:

"Si como hijo amante nada dejaba que desear, como padre i como esposo puedo asegurarle que fue un modelo de ternura. Quería compartir conmigo hasta los más íntimos cuidados de la familia. Así me escribía en una ocasión desde Mejillones : "A cada momento me parece que te veo rendida de mecer a nuestra hijita, sin que a tu lado esté yo para ayudarte a compartir aunque sea en pequeño, tus trabajos : lo único que me consuela es que en esta vida todo es relativo; hai placer porque hai dolor, i a la grandeza de éste corresponde la intensidad de aquél".

Decíamos que no era la señora de Prat una figura conocida como aquellas nombradas en este esbozo, pero no por eso deja de tener un relieve muy especial en nuestra Historia; porque, evidentemente, quien inspiró las anteriores últimas palabras, fue en sí una mujer superior; superior por el amor que supo inspirar y que hasta el último instante de su vida llenó el espíritu de Prat; superior por la adversidad que hubo de afrontar; superior por la responsabilidad del peso de la inmensa gloria que heredara y la prestancia con que de ella se hizo cargo; superior por la dignidad con que sobrellevó los años que vinieron, incluso los de callada estrechez, que en su cáliz de amargura no podían faltar.

Supo ella ser la compañera ideal en la vida de Prat, dándole a éste en la vida hogareña aquella seguridad y tranquilidad espiritual que vinieron a ser como la sostenida nota de fondo de un carácter, de un espíritu tal, que sólo podía culminar su humana trayectoria como ocurrió ese día glorioso allá en Iquique...

Como las gemas preciosas escondidas bajo tierra están ocultas a la vista de las gentes, así la figura de la señora Carmela Carvajal de Prat ha pasado inadvertida para la gran mayoría de los chilenos.

¡Que sea nuestro deber, de ahora en adelante, no caer nunca más en este olvido!

La Armada de Chile, que ha sabido mantener vivo el recuerdo y el culto de nuestras grandes tradiciones en el mar, representando a la patria chilena entera, no ha omitido jamás su homenaje a ella, y todos los años, con el aroma de las flores que deposita en su tumba, llega también el homenaje de todas las mujeres y los hombres de Chile.

